

CLÁSICOS  
A MEDIDA



El fantasma  
de Canterville  
y otros cuentos  
Oscar Wilde

ANAYA

CLÁSICOS  
A MEDIDA



# El fantasma de Canterville y otros cuentos

Oscar Wilde

Adaptación de Lourdes Íñiguez  
Ilustraciones de Óscar T. Pérez

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de  
*El fantasma de Canterville y otros cuentos*,  
existe un material con sugerencias didácticas  
y actividades que está a disposición del profesorado  
en [www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

e-mail: [anayainfantilyjuvenil@anaya.es](mailto:anayainfantilyjuvenil@anaya.es)

© De la adaptación, introducción, apéndice  
y notas: Lourdes Íñiguez, 2022

© De la ilustración: Óscar T. Pérez, 2022

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2022  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, febrero 2022



ISBN: 978-84-698-9074-5

Depósito legal: M-33764-2021

Impreso en España - Printed in Spain

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

## ÍNDICE

---

Introducción . . . . .	5
El fantasma de Canterville . . . . .	17
Capítulo I . . . . .	19
Capítulo II. . . . .	25
Capítulo III . . . . .	29
Capítulo IV . . . . .	35
Capítulo V . . . . .	39
Capítulo VI . . . . .	45
Capítulo VII . . . . .	51
El Príncipe Feliz . . . . .	55
El crimen de lord Arthur Savile . . . . .	69
Capítulo I . . . . .	71
Capítulo II. . . . .	81
Capítulo III . . . . .	87
Capítulo IV . . . . .	95
El ruiseñor y la rosa . . . . .	97
La esfinge sin secreto. . . . .	107
El modelo millonario . . . . .	117
Apéndice. . . . .	127



El fantasma  
de Canterville  
y otros cuentos

## EL FANTASMA DE CANTERVILLE



**C**uando el ministro norteamericano Hiram B. Otis compró la mansión de Canterville, todo el mundo dijo que había hecho una locura, pues no había dudas de que la casa estaba embrujada. Ciertamente, el propio lord Canterville, que era muy puntilloso en lo tocante al honor, había creído su deber mencionarle este hecho al señor Otis, cuando acordaron las condiciones.

—Nosotros no hemos querido vivir en este lugar —explicó el lord— desde que a mi tía abuela, la duquesa de Bolton, le dio un ataque, del que nunca se recuperó, después de que se le presentara un fantasma en forma de esqueleto cuando se estaba visitando para la cena. Otros miembros de mi familia también lo han visto y ninguno quiere vivir aquí a consecuencia de los ruidos misteriosos que vienen del corredor y de la biblioteca, y que no les dejan dormir.

—Milord —respondió el ministro—, tomaré en la operación la casa con los muebles y el fantasma. Yo vengo de un país

moderno, donde se puede comprar todo con dinero, y por eso se lleva a sus mejores actores y cantantes de ópera. Estoy seguro de que, si hubiese un fantasma en Europa, también nos lo llevaríamos para exhibirlo en un museo o en cualquier espectáculo de provincias.

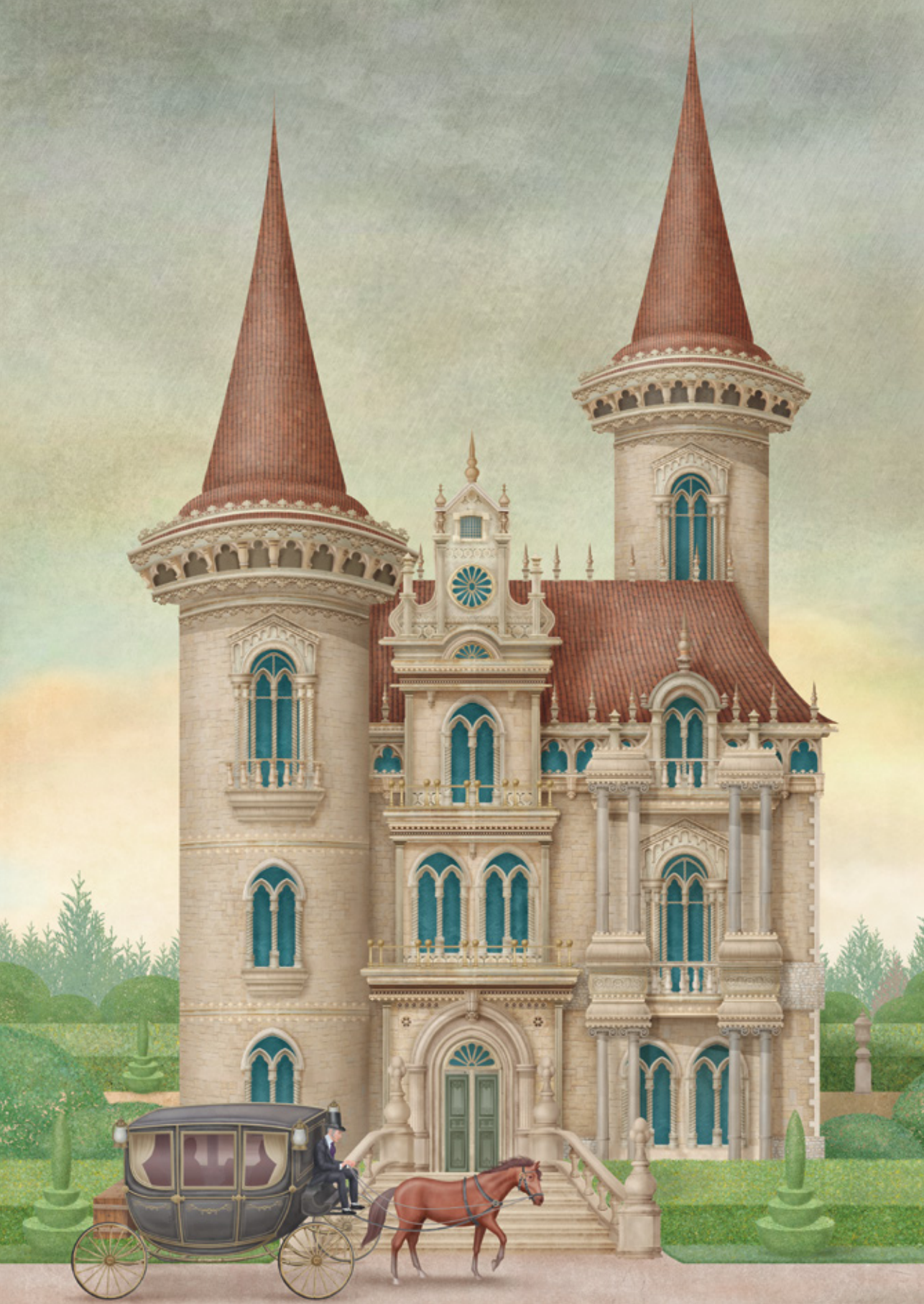
—Me temo que el fantasma existe —replicó lord Canterville sonriendo—, aunque es posible que se haya resistido a las ofertas de sus empresarios. Hace tres siglos que es bien conocido por aquí, desde 1584, y siempre hace su aparición antes de que muera algún miembro de nuestra familia.

—Y yo le digo que los fantasmas no existen, señor, y supongo que no se van a alterar las leyes de la naturaleza para contentar a la aristocracia británica.

—Ya veo que ustedes son muy naturales en América —concluyó el lord— y que no les importa tener un fantasma en casa. Aun así, debe recordar que yo se lo advertí.

Unas semanas después de cerrado el trato, el ministro y su familia se trasladaron a Canterville. La señora Otis, nacida en Nueva York, era una mujer hermosa, aunque entrada en años. Muchas damas americanas, al dejar su tierra natal, adoptan un aspecto de enfermas crónicas, pues consideran que esa es una forma de refinamiento europeo, pero la señora Otis no había caído en ese error. Su hijo mayor, llamado Washington, era un joven rubio muy bien parecido y un excelente bailarín; las gardenias y la aristocracia eran sus únicas debilidades, en lo demás era muy sensato. Virginia era la segunda hija, una adorable jovencita de quince años, con grandes ojos azules y ligera como una gacela. Era una excelente amazona y en una ocasión en que había ganado una carrera, dando dos vueltas al parque, el joven duque de Cheshire quedó prendado de ella, declarándosele en el acto, por lo que fue enviado de regreso a Eton por sus pa-





dres, hecho un mar de lágrimas. Tras Virginia, venían los gemelos, que eran normalmente llamados «barras y estrellas» porque no paraban de moverse de un lado para otro. Eran encantadores y, a excepción del ministro, los verdaderos republicanos de la familia.

Como Canterville distaba siete millas<sup>1</sup> de Ascot, la estación de ferrocarril más cercana, el señor Otis había teleografiado para que les recogiera un carruaje y así iniciaron su viaje alegremente. Era una tarde del mes de julio y el olor delicioso de los pinos inundaba el aire. De vez en cuando oían el arrullo de las palomas o veían entre la espesura del bosque el pecho reluciente de un faisán; pequeñas ardillas los miraban curiosas desde las hayas y los conejos saltaban presurosos entre la maleza a su paso. Por el contrario, al entrar en el camino de Canterville, el cielo se tornó bruscamente plomizo, una extraña quietud parecía estar suspendida sobre el entorno y una banda de cuervos pasó silenciosa sobre sus cabezas. Antes de que llegaran a la casa, comenzó a llover.

De pie en la escalinata los esperaba la señora Umney, la anciana ama de llaves, vestida de negro, con su mandil y cofia blancos. La señora Otis había consentido en mantenerla en su puesto. Les hizo a cada uno de la familia una reverencia, diciendo:

—Bienvenidos a Canterville.

Después los llevó hasta la biblioteca, una amplia estancia recubierta de paneles de madera de roble, al fondo de la cual había un gran ventanal con cristales de colores. Allí tenían preparado el té y, tras cambiar sus ropas de viaje, se sentaron y empezaron a mirar a su alrededor, mientras la sirvienta esperaba.

---

<sup>1</sup> *Milla*: medida anglosajona de longitud. Aquí es terrestre y equivale a 1609,35 m.

De pronto, la señora Otis descubrió una oscura mancha roja en el suelo, delante de la chimenea.

—Me temo que ahí se ha derramado algo —le dijo al ama de llaves.

—Sí, señora; ahí se derramó sangre —respondió esta en voz baja.

—¡Qué horror! Yo no quiero por nada del mundo que haya manchas de sangre en la sala. Hay que quitarla inmediatamente.

—Es la sangre de *lady* Eleanore de Canterville —explicó la mujer con una voz misteriosa—, que fue asesinada aquí mismo por su marido, *sir* Simon de Canterville, en 1575. Él le sobrevivió nueve años y después desapareció de repente en circunstancias misteriosas. Su cuerpo nunca ha sido hallado, pero su alma culpable todavía vaga por la mansión. La mancha de sangre es imposible quitarla.

—Eso es una tontería —exclamó el hijo mayor, Washington—. Con el superquitamanchas Parangón y un buen detergente desaparecerá en un periquete.

Y antes de que alguien pudiera interferir, se había arrodillado en el suelo y restregaba la mancha con una barra negra parecida a un cosmético. En unos momentos ya no quedaba rastro de la mancha. Miró a los presentes con aire triunfal y todos a él con admiración. De repente, un terrible relámpago iluminó la sombría habitación y un estremecedor trueno les hizo saltar de sus asientos. La señora Umney se desmayó.

—¡Qué clima más monstruoso! —comentó el ministro con calma, mientras se encendía un puro—. Me imagino que el viejo país está tan superpoblado que no tiene buen tiempo para todos sus habitantes. Siempre he sido de la opinión de que la emigración es la única solución para Inglaterra.

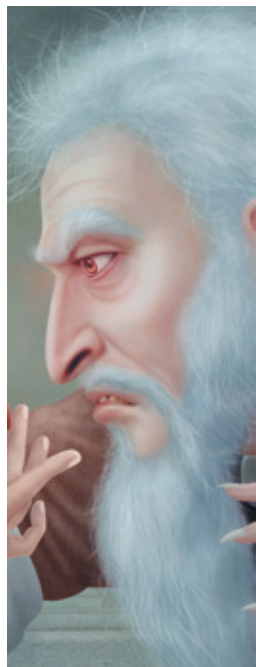
—¡Oh, querido Hiram! —le preguntó su esposa—, ¿qué podemos hacer con una sirvienta que se desmaya?

—Descontárselo del sueldo —contestó él—. Verás como ya no se desmaya más.

Tras unos minutos, la señora Umney volvió en sí; pero, sin duda, se encontraba muy afectada y avisó seriamente a la señora de que debían estar alertas porque alguna desgracia iba a suceder en la casa.

—Yo he visto cosas con mis propios ojos, señora —explicó—, que le pondrían a cualquiera los pelos de punta, y muchas muchas noches no he podido pegar ojo ante las terribles cosas que aquí pasan.

El matrimonio Otis la tranquilizó, asegurándole que ellos no temían a los fantasmas. Después de invocar la bendición de la Providencia para sus nuevos amos y de pedirles un aumento de salario, la anciana se fue tambaleándose a su habitación.



**L**a tormenta descargó con furia aquella noche, pero no ocurrió nada de particular. Sin embargo, a la mañana siguiente, cuando bajaron a desayunar, encontraron la terrible mancha de sangre otra vez en el suelo.

—Pues no creo que haya sido por falta de restregarla —dijo Washington—. Tiene que ser el fantasma.

Volvió a fregarla y de nuevo a la segunda mañana volvió a aparecer, y a la tercera, aunque el señor Otis había cerrado con llave la biblioteca por la noche. Toda la familia estaba ahora muy intrigada. El propio ministro empezó a pensar que había sido él muy ligero al negar la existencia del fantasma y, por su parte, la señora Otis expresó su intención de hacerse socia de la Sociedad de Parapsicología... Aquella noche iban a disipar cualquier duda sobre la existencia del fantasma.

El día había sido cálido y soleado. Al atardecer, la familia fue a dar un paseo hasta la hora de la cena. Durante la misma, no se

habló en absoluto de fantasmas, sino de temas triviales, como la diferencia de acentos entre el habla de Nueva York, más dulce en su pronunciación, y el de Londres, más lenta. A las once se retiró la familia a sus habitaciones y se apagaron las luces. Poco después, un ruido extraño, metálico y seco, en el pasillo, despertó al señor Otis; encendió una vela y miró la hora, era la una en punto. Se tomó el pulso y comprobó que no tenía fiebre. Procuró no perder la calma. El ruido continuaba y ahora se oían también pasos. Se puso las alpargatas, sacó un pequeño frasco de un estuche y abrió la puerta. Justo enfrente de él vio, a la luz de la luna, a un viejo de aspecto horrible. Tenía los ojos como rojos carbones, el cabello gris y enmarañado caía sobre sus hombros, llevaba unas ropas antiguas y harapientas, y de sus muñecas y tobillos colgaban pesadas cadenas oxidadas.

—Mi querido señor —se dirigió a él Otis—, debo pedirle que engrase esas cadenas y le he traído un frasco de aceite lubricante que le resultará muy eficaz con una sola aplicación. Se lo dejaré aquí para que se sirva usted mismo. —Y lo puso sobre una mesita, volviendo otra vez a su habitación.

El fantasma permaneció quieto durante un momento, lleno de indignación, y tiró violentamente el bote contra el suelo. Después huyó por el pasillo, envuelto en una luz verdosa y emitiendo lastimosos gemidos. Justamente cuando había alcanzado el final de la escalera, una puerta se abrió y dos pequeñas figuras vestidas de blanco aparecieron y le tiraron una gran almohada, que le rozó la cabeza. No había tiempo que perder, así que, adoptando rápidamente la cuarta dimensión espacial como medio de escape, se desvaneció por el zócalo, y la casa recuperó la calma.

Una vez que llegó a una pequeña cámara secreta en el ala izquierda de la mansión, se apoyó en un rayo de luna para recobrar el aliento y se puso a valorar su situación. Nunca en su bri-

llante e ininterrumpida carrera de trescientos años se había visto tan groseramente insultado. Se acordó de la duquesa a la que había asustado cuando estaba delante del espejo con sus encajes y diamantes; de las cuatro doncellas, que habían huido histéricas cuando salió de detrás de una cortina; y del párroco, al que le apagó la vela, y desde entonces estaba en tratamiento nervioso. Pensó en *madame* de Tremouillac, que estuvo seis semanas en cama con fiebre, cuando una mañana al despertarse vio a un esqueleto sentado en su sillón leyendo el periódico. Y también recordó al malvado lord Canterville, al que encontraron una noche en su dormitorio con la sota de espadas clavada en su garganta; antes de morir, confesó que había hecho trampas en el juego y que fue el propio fantasma el que lo atravesó con la carta. En fin, recordó todas sus hazañas... Y después de todo esto, unos desgraciados americanos modernos iban a venir a ofrecerle un lubricante y a tirarle una almohada a la cabeza. ¡Era intolerable! Así que decidió tomar venganza y permaneció así hasta el amanecer, pensando en ello detenidamente.





Reunimos en este volumen los cuentos más famosos de Oscar Wilde. Unos están tratados con un tono serio y otros con un humor no exento de ironía y de crítica aguda hacia las formas de vida y actitudes de la gente de su época, pero que pueden ser perfectamente extensibles a la nuestra.

En todos ellos predomina una idea: la vida vacía de incentivos y banal de gran parte de los seres humanos ha de ser llenada con algún objetivo, y qué mejor que este se oriente hacia la solidaridad, la filantropía y el amor hacia los demás.

